

ras perfumadas del valle; quédate ahí, durmiendo tu sueño de muerte como un atleta fatigado ó un coloso vencido. Adios, San Millan! Tu historia es ya un recuerdo como tú mismo eres ya un cadáver.



CONVENTO DE SAN FRANCISCO

DE ASIS.

(VALENCIA.)

I.

ANTES DEUDA QUE MERCED.



L amanecer de un dia claro y despejado de Octubre de 1228, la primera sonrisa de la aurora encontró agrupados en un recodo del camino real y en tierra de Aragon, no lejos de las fronteras de Castilla, á unos cincuenta hombres de armas que al parecer tranquilos reposaban junto á sus corceles de guerra.

Algunos vestian simples tabardos ó rôpones, mostrando en su recojimiento y apostura ser no mas que humildes ballesteros, mientras que la mayor parte demostraban claramente su calidad y nobleza en su altivo continente y en las ricas armaduras que les cubrian y que llevaban con la misma soltura que la seda ó que

la grana. Todos sin embargo parecían llenos de atenciones y respetos para con un caballero que algún tanto retirado del grupo principal, se paseaba con la mayor calma y sin dar señales de impaciencia, no obstante hacer ya más de una hora que no tenía otra distracción que su paseo. Vestía el caballero este su camisote de hierro, cubría su cabeza el herrado capacete y colgaba á su lado un formidable mandoble, que otro quizá no hubiera podido manejar ni con las dos manos juntas.

En el acto mismo en que de tal manera sorprendemos á esta gente que, sin adelantar juicios temerarios, no parecía estar allí reunida para cosa buena, un bacinete (1) llegaba á todo correr bajando de un promontorio elevado junto al camino y acercándose al que parecía superior á todos en dignidad ó nobleza, le dijo algunas palabras en voz baja.

El gefe las oyó con toda calma y volviéndose con la misma á los grupos de caballeros y soldados, les dijo solo:

— A caballo!

Todo el mundo obedeció haciéndose como mandaba y en el mayor silencio posible. A los pocos instantes los hombres de armas se hallaban montados, pareciendo, ginetes y caballos, todos de una misma pieza. El mismo gefe, que se había hecho traer su corcel y lo había montado de un salto, recorrió la línea de su gente á la que dividió en dos alas á uno y á otro lado del camino. Cuando les tuvo colocados, situóse él en medio de la senda y aguardó.

Seis ó siete minutos podían todo lo más haber transcurrido, cuando aparecieron, doblando el recodo, los primeros hombres de una escasa comitiva que lenta y pacíficamente se adelantaba compuesta de cinco escuderos, de varias damas montadas en soberbias mulas, de una lujosa litera en que al parecer iba una señora principal, y por fin de doce servidores armados que cerraban la escolta y tenían á su cuidado cinco ó seis mulas cargadas con pesados fardos.

En cuanto los escuderos observaron las dos líneas de hombres de guerra que se mantenían inmóviles á entrambos lados del camino, temieron hallar alguna dificultad en su paso y detuvieron sus caballos como para tomar prudente consejo de comun acuerdo, pero no les dió tiempo para reflexionar el gefe de los hombres de armas, pues que adelantándose seguido de su gente, que avanzó sin perder su posición por las laderas del camino, les dijo con voz resuelta, atravesando delante de ellos su caballo y alzando la visera de su casco:

(1) Soldado.

— Paso á Don Blasco de Alagon y á los caballeros de su mesnada.

Al oír los escuderos el nombre famoso y respetado del mayordomo mayor del reino, inclinaron todos la cabeza é hiciéronse humildes á un lado, pudiendo por lo mismo Don Blasco atravesar por entre ellos y adelantarse, después de haber saludado con toda cortesía á las damas que sorprendidas le miraban, hasta la misma portezuela de la litera donde descabalgó echando en manos de un balletero la brida de su caballo.

Ya en esto, su gente había avanzado por ambos lados uniéndose al llegar á la litera por los dos extremos y cerrando á la comitiva como con un cordón de hierro.

Una dama ricamente vestida si bien solo pasablemente hermosa, había visto todo esto desde el fondo de la litera y, sorprendida por ello, lanzárase á la portezuela y tenía ya puesto en el estribo su lindo piecicito aprisionado en un elegante borceguí de grana, cuando levantando sus ojos vió clavado en frente de ella y en ademán entre bravo y respetuoso á un caballero que conoció por Don Blasco de Alagon.

— Qué significa todo esto, Don Blasco? — exclamó fijando en él su limpia mirada; — qué quiere decir esa especie de aparato de guerra que os rodea? porqué se detiene mi comitiva y porqué la miro como cercada por vuestra gente? Es que se trata acaso de impedir por el que ha sido un día mi señor que vaya yo á tierras de Castilla á llorar mis duelos y desventuras en brazos de mi hermana Berenguela? Me quiere aun vuestro rey más humillada? Venís acaso en su nombre á dictarme algún mandato? Pues os advierto, Don Blasco, que mala embajada habreis, que no he de obedecer ninguna orden ni ceder á ninguna súplica. Vuestro rey hame echado de su trono y de su tálamo; no quiere de mí ni como reina ni como esposa; han el papa y sus auditores de la Rota disuelto nuestro matrimonio á instancias de la intrigante Vidaura, libre soy por lo mismo y me destierro á llorar mi infortunio en tierras de mi Castilla y de mi amada Berenguela. Si vuestro rey dispone otra cosa, cuidado que no le he de obedecer, que rotos están los lazos que nos unían. Dispénsoos pues del mensaje que traeis, Don Blasco, que ni saberlo quiero ni el oírlo me importa, y tornad en mal hora que no en buena á decirle á vuestro señor lo que de mi boca habeis oído.

El de Alagon aguardó con toda la más tranquila calma á que hubiese terminado la reina Doña Leonor su airado razonamiento. Cuando así lo hubo hecho y se disponía ya á entrarse en su litera, adelantó un paso y alzó su voz clara y magestuosa, hablándola de este modo:

— Pésame, reina y señora, pésame que tan mal me hayais juzgado creyéndome mensajero de alguna iniquidad contra vos ó de algun ataque al libre derecho que os compete. No os he salido yo al encuentro como enviado de Don Jaime, sino de mi propia voluntad y con razon para ello.

— Y qué es lo que de mí deseais, que venís á pedírmelo con tanta gente de guerra como si de enemigos se tratara?

— Si he venido con hombres de armas, señora, — díjole Don Blasco, — es porque son todos caballeros de mi mesnada, y helos conmigo traído para que en caso de resistencia de vuestra escolta, supieran apoyar con sus armas y presencia mi razon y mi derecho.

— Qué hablais de derecho y de razon y de qué se trata, Don Blasco?

— Se trata, señora, y pídoos la venia y perdon por sí en algo faltára al acatamiento que se os debe; se trata de que el rey mi señor me adeuda mas de treinta mil morabatines de pagas y sueldos del tiempo que con mis hombres y barones le he servido en Cataluña. Le he varias veces demandado que esta deuda me fuera satisfecha y hame siempre hecho pasar con demoras y dilaciones. Y esto á mí, señora, á su leal y mas fiel servidor, al que le ha ganado seis castillos y dos ciudades, mientras que á vos, señora, y dígooslo con todo respeto, mientras que á vos á quien solo debe disgustos y penas, os colma de regalos y presentes, de joyas y de preseas, no obstante salir desterrada de su lado. Vos, Doña Leonor, no trujisteis dote al rey cuando con él os casasteis, y así todos los cofres llenos de tesoros que os ha dado, merced es solo que el rey os ha hecho, y pues es merced, primero es pagar lo que debe el rey á sus servidores que no hacer mercedes á quien no debe nada. Permitidme por lo mismo, señora, que bajen mis sirvientes vuestros cofres y que de ellos tome lo que Don Jaime me adeuda: ya que mi señor y rey no me paga, me pagaré yo mismo. He ahí la causa de haberos salido al encuentro con mis caballeros y mi gente. Libre sereis, señora, de continuar vuestro camino en cuanto yo me haya pagado.

Asombrada quedó la reina con el lenguaje resuelto y la franca naturalidad con que le habló el caballero aragonés. Puso Don Blasco todo el comedimiento posible en sus palabras, pero dióle á conocer claramente su invariable resolucion, tanto mas invariable cuanto que en concluyendo de hablar y antes que Doña Leonor pudiera contestarle, hizo una seña á su gente que se acercó á los mulos y empezaron á descargarles de los cofres y maletas que sobre su lomo llevaban.

La reina sin decir nada lo miraba hacer todo; la escolta permanecia quieta,

vigilada por los hombres de armas de Don Blasco. Este se acercó á los cofres que su gente habia depositado abiertos en el suelo, separó en joyas y preseas lo que podia alcanzar la cantidad que se le adeudaba, mandó que se cerraran los cofres y se volvieran á su sitio, y en seguida tornó sus sosegados pasos hácia la reina á quien dijo:

— Guárdeos Dios, señora, y el bienaventurado San Jorge, patron de la gente de guerra. Idos en paz y en buen hora á llorar vuestros duelos en tierra de Castilla, pero si jamás habeis menester un brazo leal, una buena lanza y un corazon á toda prueba, pensad en el aragonés Don Blasco de Alagon. Por lo demás, intacto queda vuestro tesoro, menos en lo preciso que se me adeudaba por el rey y que era justo que yo me cobrara, ya que son primero las deudas á los servidores que las mercedes á los estraños.

Dicho esto sin recibir mas contestacion ni tampoco esperar mas que un Dios os guardel pronunciado por la reina, Don Blasco montó á caballo y apretó espuelas, perdiéndose, seguido de toda su gente que llevaba las preseas, en direccion contraria á la que Doña Leonor seguia.

II.

LOS DOS MÁRTIRES.

ALGUNOS datos históricos serán ahora necesarios, para que el lector se haga bien cargo de los hechos antes de seguir adelante.

Cuando el rey Don Jaime, llamado despues por la historia *el conquistador*, trató de casarse, mozo aun, para asegurar descendencia á su real linage, recelándose los ricos homes que tomara por muger á Doña Teresa Gil de Vidaura, dama principal de quien estaba enamorado y con quien sostenia desho-